

ABELARDO LINARES, *Y ningún otro cielo*, Barcelona, Tusquets, 2010, 100 págs.

Hacía más de quince años que Abelardo Linares, conocido sobre todo por su labor al frente de la Editorial Renacimiento, no daba un libro de poemas suyos a la imprenta. Decimos sobre todo porque espaciando de este modo sus publicaciones se le asocia más a la editorial y menos a la creación, pero es evidente que los que conocemos la poesía española de las últimas décadas no dejamos de tener presente su obra, objeto de culto para las minorías.

Y ningún otro cielo sorprende por su flexibilidad temática, que se extiende en varios registros formales, estróficos, métricos y de contenido, prevaleciendo sobre cualquier eventualidad el amor. Podría decirse sin ambages que *Y ningún otro cielo* es un libro de amor, pero no sólo eso, porque el amor no está concebido aquí como una recurrencia endogámica sino que es precisamente todo lo contrario, se expande hacia fuera de manera exogámica, espoleando otros temas que van girando en torno a esta materia central. Por eso la primera parte de este poemario se titula «Poemas desde Nueva York», abriéndose con la composición titulada «*Skyline*» (p. 13) en la que sobresale el puente de Brooklyn como un «duro costillar de animal antediluviano / que sabe estremecerse sobre frías aguas opacas» (*ibid.*) Una imagen que es vista, o mucho mejor dicho, mirada:

Y allá fuera, a lo lejos, ante mis mismos ojos,
el mayor decorado de los siglos
recortándose sobre un fondo azul, intensamente azul,
de cielo atardecer recién pintado;
tan real sin embargo, que los helicópteros turísticos
revolotean incansables libando
un suave néctar rosa en las agujas de los rascacielos (*ibid.*).

Decimos bien, porque las imágenes son vistas, o mejor dicho miradas, tomando cuerpo a lo largo de todo el poemario, como trataremos de explicar. De hecho ese decorado sublime que se está contemplando será una suerte de correlato de todo el libro. No nos referimos a que el poeta siempre se sitúe en Nueva York, esa misteriosa y atractiva ciudad. Existen, no obstante las «Certezas» (p. 17) de encontrarse frente a un escenario extraordinario, incomparable y sin duda decisivo, que se irán entendiendo y desarrollándose posteriormente en los ojos de la amada, auténtico mundo y espacio en

el que no sólo el poeta mira, sino que se mira, se contempla en una suerte de juego amoroso de espejos, de reconocimiento del otro a través de uno mismo. O sea que la impresionante imagen de Nueva York vista desde lo alto se va desplazando hacia la imagen de la amada en el cuerpo a cuerpo, frente a frente, en momentos de intimidad o abiertamente en escenas amorosas. De ahí que las «Variaciones sobre el deseo» (pp. 49-52) se configuren como la bisagra del poemario, a modo de pensamientos o fragmentos de un discurso amoroso.

De la contraposición ciudad-amada surge asimismo otra engarzada en la dialéctica profano/sagrado, que no puede leerse de manera unilateral, pero sí como una característica que va vetando los poemas, las escenas, y los sentimientos. Partimos desde aquí, frente a la absoluta visión pagana o profana de la ciudad «de todos los demonios» (p. 15), una urbe que se abre ante nuestra mirada como un «Panorama» (p. 21), luego convertido y condensado en una «gigantesca píldora de oro con la que a diario / comulgan turistas de mil lenguas. // Nueva York, Nueva York, míentele a mis ojos aún asombrados y / dime que es de oro todo lo que en ti reluce.» (*ibid.*) Lógicamente el color sagrado del oro aplicado a la ciudad más profana que jamás haya existido (aunque sólo sea por el refrán), Nueva York o la nueva Babilonia, que no es sagrada en absoluto, funciona como antesala de la segunda parte del libro, «Entretiempo casi romántico». Y es interesante apuntar ahora que la contemplación de la ciudad se efectúa desde el escepticismo de quien mira, queriéndose asombrar pero sabiendo que no es oro todo lo que reluce, es decir: el que contempla es alguien que necesita de esa mentira para seguir viviendo, para seguir contemplando ese panorama con la misma capacidad de fascinación. Y es interesante compararlo con este interludio «casi» romántico aplicado precisamente a ese cuerpo y relación amorosa en la que se la ciudad se ha desplazado y se realiza plenamente. Con ese «casi» se desmitifica igualmente al amor, a pesar de que se erija al fin y al cabo como el verdadero motivo y médula de este libro, amoroso y carnal, sagrado y profano, como este poema:

ORACIÓN

No la eternidad, sino las horas
arañadas al tiempo contigo.
Y ningún otro cielo

que el que quiera llegarme de tu boca,
húmeda de muchos besos.
Porque ya en nada creo, con mi alma y mi cuerpo,
sino en la certeza ardiente de tu piel contra la mía
y en la alegría, siempre fresca y erguida siempre, de tu mirada
y en el puñado de luz que es tu sonrisa.
Tu sonrisa que limpia toda sombra y toda tristeza,
tu sonrisa que quita los pecados del mundo (p. 27).

El poeta no cree en nada excepto en el amor, en los cuerpos chocándose en el acto amoroso, y en la alegría de estar enamorado. Esta nota optimista es sin duda un impulso de vitalismo, de pasión por la vida, que caracteriza toda la aventura amorosa que acontece en *Y ningún otro cielo*. Habría que señalar que todo gira en torno a «la alegría [...] de tu mirada», pues en los ojos se encuentra la expresividad del otro, que nos contagia y en la cual nos miramos. Ya habíamos advertido que el mirar cobra especial importancia en este libro, y son muchas las ocasiones que podemos advertirlo, como en el siguiente poema:

COMO EN UN ESPEJO

Si igual que en un espejo tú pudieras,
esta noche de soledad y luna,
en mis ojos mirarte, y si mi alma
toda ella estuviese ansiosamente
tras de ellos asomada ¿qué verías?
¿Qué te devolvería mi mirada?

A una mujer tan parecida a ti
que no puede ser más que la que eres:
una mujer que ama todavía
contra el dolor, el tiempo y el olvido,
contra otro amor también, contra ella misma,
al hombre que la mira enamorado (p. 35).

Todo acontece alrededor de la mirada, del que mira y del que es mirado, del que sólo se reconoce en los ojos de la amada, en un diálogo abierto y enriquecedor que es la base humana de nuestras relaciones sentimentales. Esta dialéctica se va repitiendo de manera más o menos clara, en pinceladas en versos sueltos o con ligeras variaciones que van dotando al poemario de una carga cromática

amplia, junto con la otra, anterior aludida, que podríamos resumir también con el poema «Bajo la ciudad» (p. 39), donde se efectúa de nuevo una filiación entre la ciudad y la amada, o mejor dicho, donde se rescata tras todo lo que se encuentra oculto en la ciudad, cañerías y sótanos, túneles y cimientos, la piel de la amada. Y «sólo por eso la ciudad permanece», porque en la ciudad adquiere sentido el amor, estableciéndose una plena identificación.

Habíamos dicho al comienzo que *Y ningún otro cielo* posee varios registros que, sin embargo, encajan perfectamente en un poemario plural de amor pero que atiende a diferentes voces o inquietudes. Destacan, por ejemplo, las «Soleares» (pp. 43-45) donde de un modo otro se insisten en los temas que constituyen al libro, como por ejemplo ésta: «Nunca volveré a estar solo. / Lo he descubierto mirándome / en el fondo de tus ojos.» (p. 43), pero también podríamos citar otras composiciones, que llevan dedicatorias, al modo de romances («Escena de frontera», pp. 73-74), recreaciones de episodios históricos, más o menos míticos («Judith y Salomé», p. 85), entre otras.

En fin, sea como sea y aunque podríamos escribir mucho más para desgranar *Y ningún otro cielo*, hay que decir que este libro está trabajado por poemas ciertamente memorables, o que nos han parecido muy buenos, como «Silogismo» (p. 25), «Cielo sin luz» (p. 61), «No era el azar» (p. 77), «Adiós a todo eso» (p. 79), «El amor se lo merece» (p. 87), «Colección de recuerdos» (p. 89), o este otro, que reproducimos como muestra impresionante por la concatenación narrativa de diversos elementos, amalgamándolos en la mirada y en la alegría citadas, creando una atmósfera sugerente, en una estrofa tan breve:

TUS OJOS DE SEPTIEMBRE

Tus ojos de septiembre, cuando es el corazón
la huella de una espina, y la mirada pequeña
de mis manos, su hueco fiel como plumas de pájaro,
y tu sonrisa sin adiós, lenta como la angustia
creciendo en un pecho de cristal mientras beben las rosas
en un reloj dormido. Te daría mi vida
como quien entrega un poco de ceniza, como quien en sueños
abrazo una sola astilla de perfume, como quien ya está muerto
y navega por canales muy lentos hacia el mercado de las flores.
Te daría mi vida para entregarte apenas el frescor de una

sombra (p. 93).

Quede con este estremecedor y sincero poema constancia de un libro que merece la pena, de un poeta que merece la pena y de una propuesta abierta: no sólo para lectores de poesía que aún creen en la vida, sino también para vividores que aún creen en la poesía.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada